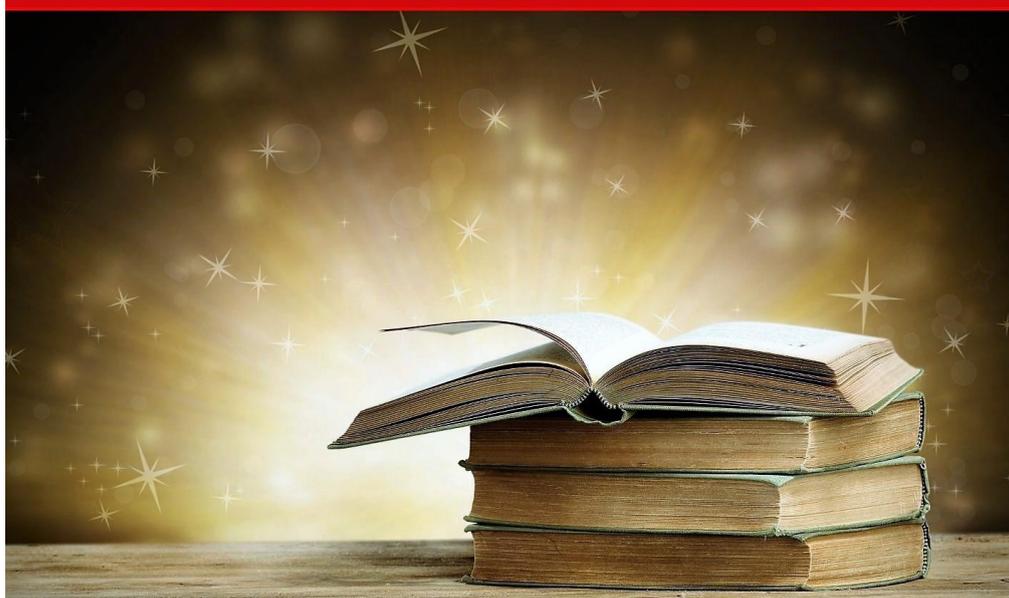


VIII Certamen de Relatos Solidarios “Remedios López” In memoriam



Primer Premio: *Misiá Anacleta*. José Aristóbulo Ramírez Barrero

Segundo Premio: *El Fuego que nunca se apaga*. Ramón Grimalt Oblitas

Tercer premio: *El hermano de Superman*. Alejandro Gustavo Ruggerio

Organiza:



Colaboran:



Relatos Premiados

Certamen de Relatos Solidarios «Remedios López».

Edición de 2022

MISIÁ ANACLETA

Para mi abuela Jutinica, el agua era una muchacha generosa, traviesa y encantadora, una amiga bondadosa y andariega a la cual, para alegrarle el rato, le cantaba con su voz de bisagra oxidada una canción de su autoría que, palabras más palabras menos, decía lo siguiente...

«Misiá Anacleta no se queda
quieta. La muy resabiada es
muy avispada.

Mete sus pezuñas, codos y trasero
en cualquier recodo y en cualquier sendero.

Y donde se empoza nace cada
cosa, sapos y gusanos, peces y
marranos, cuantos seres vivos
de todo el planeta mueven el
culepe y estiran la jeta.

Cuando se la ingiere del modo en que
fuere, comida o bebida,
el agua sabrosa,

sin dársele nada, por ser
generosa, se convierte en fuerte
torrente de vida. En impulso y
sangre, en sueños alados, y algo
de sudor, de babas y meados».

Sin reparar mucho en su mensaje, a mí la canción de la abuela Jutinica me fascinaba. Sobre todo, su ritmo, una suerte de fusión o, mejor, de confusión de estilos, cumbia, chucu-chucu, tango y rock and roll, y las estrofas del culepe y los meados que cantábamos a todo pulmón a pesar de los coscorriones que nos propinaba mi madre a mí y a mi hermana Carla quien, además, de su propia cosecha, le agregaba a misiá Anacleta mocos y trompetas, mal aliento y tetas.

Era la edad de la inocencia y de la abundancia. Doña Anacleta, vigorosa y pura, descendía a raudales de los páramos que tutelan mi ciudad y sin duda lo seguiría haciendo por toda la eternidad porque ella es así, generosa y agradable, pizpireta e inagotable.

Pero pasó el tiempo y nos volvimos grandes y crecimos en número y en apetito. El tren de vida de la modernidad no nos dio tregua y dejamos de cantar y de alabar los pequeños tesoros de la existencia porque había que progresar y acumular riquezas para ser felices y comer perdices. En ese afán de no dejar para mañana lo que puedas consumir hoy le hicimos a doña Anacleta toda suerte de jugarretas. La degradamos y envenenamos, le arrancamos su bosque, le minamos su esencia, la empequeñecemos y le mochamos sus extremidades, y lo poco que quedó de ella lo embotellamos y vendimos al mejor postor en tiendas y supermercados. Quien tenga dinero, que beba y que goce. Para los demás es el acabose. El acabose y la edad del escepticismo y de la escasez.

Cuando pensaba en ello y reflexionaba y me daba cuenta de lo pobres de espíritu que éramos y, sobre todas las cosas, cuando contemplaba ese paisaje enfermo y degradado que dejaríamos de herencia a las generaciones por venir se me arrugaba el alma y me daba golpes de pecho pensando y recriminándome que en su momento debí enseñarles a mis hijos que sin Anacleta es imposible mover el culepe y estirar la jeta. Que si no se empoza muere cada cosa, peces y gusanos, hombres y marranos.

Mi hermana Carla, que heredó de la abuela Jutinica su optimismo y la vena poética me dijo que siempre es posible berrear sobre el agua evaporada, amargarse y rasgarse las vestiduras sobre lo que debió hacerse ayer y por pereza o por indolencia no se hizo, pero que es mejor y más sensato y más agradable y más útil usar pezuñas, codos y trasero para componer esos desafueros. Desde hace dos años, Carla, mis nietas y yo, y otras abuelas y nietas del barrio, un día sí y el otro también, leyendo, investigando y recuperando la sensatez perdida, nos dimos a la tarea de redimir a Anacleta. Y a fe que la muy, avispada, sin dársele nada, sin guardarnos rencor porque es generosa, ligera y sabrosa, poquito a poco ha vuelto a fluir y a sonreír.

Demás está decir que mientras reciclamos todo lo habido y por haber, mientras reutilizamos chécheres, sembramos árboles, apagamos bombillas, nos olvidamos de las bolsas plásticas y volvemos a las tradicionales chuspas tejidas a mano, construimos aljibes, cultivamos lombrices de tierra y ponemos cada cosa en su lugar, los desechos orgánicos aquí, los desechos tóxicos allá, nietas y abuelas vamos cantando la vieja canción de Jutinica a la cual Carla y algunas abusadillas de padre y señor mío agregaron las siguientes estrofas...

«Misiá Anacleta oprime una teta y de sus
entrañas, con todo y legañas,
emerge un torrente de agua corriente para
la gente.

Para las abuelas que no tienen
muelas, para los abuelos que son
bien chimuelos, para los mulatos
que despachan flatos, para las
muchachas
que con cinco
dedos comen
arracachas y se
tiran pedos.

Para los que cuidan y los que
destruyen, para los que ayudan, para
los que obstruyen.

Para malgeniados de frente
arrugada, para los cagados de
nalga apestada.

Para la señora y la señorita.
Para los de ahora y para los de ahorita».

No será una obra maestra la canción, pero hay que ver cómo misiá Anacleta ríe y se agita cuando la escucha.

Autor: José Aristóbulo Ramírez Barrero

EL FUEGO QUE NUNCA SE APAGA

El último ayoreo miró alrededor y vio cómo la selva ardía por los cuatro costados. Al menos, se consoló, había conseguido que su pueblo abandonara a tiempo su territorio, llevándose auestas el legado de trescientos años de historia arrasados en dos días por el apetito voraz de los apóstoles del desarrollo. Hasta llegar a aquel momento, sus enviados, gente con chaqueta y corbata de la gran ciudad, trataron de negociar una concesión que “sin duda beneficiaría a los niños y niñas que necesitaban salud y educación gratuita”. El último ayoreo dudó. Sus antepasados habían aprendido a lidiar con los cantos de sirena de políticos y empresarios manteniéndose al margen de los proyectos que anunciaban la expansión de la frontera indígena. “Ustedes ya no pueden ¹ vivir aislados. Queremos incorporarlos a la sociedad”, decían con una sonrisa falsa. “Nosotros no estamos aislados. Tenemos el cielo, el viento, el río, los árboles, esta selva, pero sobre todo la tierra donde están sepultados quienes nunca se fueron” argumentaba el último ayoreo hasta que, cansados de toparse con un muro insalvable, los hombres de la capital maquinaron un plan perfecto que terminaría de una vez por todas con la resistencia de aquella gente que suponía una traba para el futuro.

Los políticos acordaron que la solución pasaba por sembrar la perversa semilla de la división entre los líderes indígenas. Para ello, trataron de comprar la voluntad de los más débiles ante el poder pero otros como el último ayoreo, un cacique llamado Odocobuí, se negó. Le ofrecieron una casa con piscina en las afueras de la ciudad, un vehículo último modelo además de una importante suma de dinero para garantizar la solvencia de tres generaciones. Nada de eso melló la firme decisión del jefe de aquel pueblo que únicamente le importaba al estado durante el periodo de elecciones. Entonces los candidatos aparecían

con banderas, consignas y promesas que se llevaba el viento. Luego, todo volvía a la normalidad: los hombres a la chacra, las mujeres a sus hijos, los ancianos al pasado del que nunca habían podido huir. Pero aquellas tierras eran ricas y apetecibles. Los productores de oleaginosas consideraban que su suelo era lo bastante fértil para cultivar soya y exportarla a buen precio. Todos en las oficinas de la gran ciudad calculaban los ingresos millonarios y reservaban la cuota de entrada de un lujoso apartamento en South Beach. Para ello, antes debían deshacerse de la selva y esclarecer el panorama. El desenlace era inevitable y Odocubuí se lo explicó a los suyos.

-¿Y tú no vendrás?

-No.

-¿Por qué?

-Porque esta es mi tierra.

-Puedes estar tranquilo en Santa Cruz.

-No me veo entre cojñones y sus edificios y sus autos.

-¿Entonces?

Odocubuí tenía setenta años. Se había pasado más de la mitad cuidando el bosque hasta que le amputaron una pierna gangrenada. Ahora se sentaba en

la cima de una loma oteando el verde y agreste horizonte que se extendía hasta donde alcanzaba su mirada severa, lúcida e intensa.

-Váyanse ustedes hermanos pero no olviden nunca de donde vienen.

-¿De qué vas a vivir?

-Del jenecherú.

-¿Cómo?

-El fuego que nunca se apaga.

Las familias salieron temprano en dirección a la ciudad. Atrás dejaron sus chozas. Un jaguar rugió desde lo más profundo de la floresta a modo de despedida mientras el último cacique se sentaba en la loma. Nadie miró atrás. No se atrevían a ver a aquel tullido que había tocado su cabeza con el ayoi manteniéndose altivo, desafiando su destino. Odocubuí, el hijo del gran Masaretí y la orgullosa Simona, vio las lenguas de fuego lamiendo los árboles hasta reducirlos a ceniza y cerró los ojos. Sintió la brisa cálida de la tarde que languidecía con el último suspiro de vida y trazó una leve sonrisa en su rostro. Al fin, cuando todo parecía perdido, el cacique pronunció una oración destinada sus ancestros agradeciéndoles por haberle dado la entereza de morir con la dignidad de un ayoreo.

Autor: Ramón Grimalt Oblitas

EL HERMANO DE SUPERMAN

Hacía un montón de días que de lo único que se hablaba era de enfermedades; mejor dicho, de la enfermedad de mi hermano.

Vivimos en una casa grande, alrededor del patio están las puertas de las piezas de los vecinos; la nuestra es la más grande porque tiene dos camas, una para mamá y papá y la otra para nosotros dos; el patio es lo más lindo de toda la casa, lo único es que hay que hacer silencio a la hora de la siesta y tener mucho cuidado con la pelota porque todo alrededor del patio está lleno de macetas con plantas y flores que se rompen de nada. La cocina también me gusta, más que nada porque es para nosotros cuatro, los vecinos de las otras piezas a veces vienen pero de visita, en cambio el baño es para todos los vecinos de la casa, la puerta está casi siempre cerrada y hay que golpear antes de abrirla, muchas veces alguien de adentro grita ¡ocupado! y entonces hay que esperar, si es pis y estás muy apurado podés hacer en la higuera del fondo que nadie te ve, pero si es lo otro hay que aguantarse y esperar.

Pobrecito, empezaron a decir todos cuando le agarró la fiebre, tan chiquito y tener que sufrir así, decían eso y otras cosas parecidas. Igual, tan chiquito no era: tenía diez, justo como yo ahora; a mi me parece que no era para tanto, yo también había tenido fiebres, sarampión y hasta tos convulsa. Lo único era la transpiración, estaba empapado todo el día, así que mamá le cambiaba la ropa un montón de veces, tanto que la soga de colgar del patio estaba siempre llena con las camisetas blancas de mi hermano. Ni bien se enfermó me mandaron a dormir de la familia que vive en la pieza de al lado, mamá me explicó que él se despertaba un montón de veces a la noche porque le daba calor y entonces yo no iba a poder dormir y al otro

día me tenía que levantar temprano para ir a la escuela; los vecinos son re buenos, me convidaban con dulce de leche y galletitas, debía ser porque ellos no tenían hijos y entonces me daban los gustos a mí.

Todo el tiempo venían los grandes a la casa, se ponían a conversar entre ellos en el patio y a veces hasta se abrazaban; una vez lo vi a mi tío que se fue para el fondo, pero no era para hacer pis en la higuera sino que se escondió a llorar. Enseguida me mandaban a comprar al almacén, ni bien volvía con el paquete me mandaban de nuevo pero a la panadería, que quedaba al lado del almacén. Me daba bronca que no me pidieran todo junto, pero no me quejaba porque aprovechaba a quedarme con las monedas del vuelto y ni se daban cuenta.

La enfermedad de mi hermano no era de esas que dan tos, te salen mocos o te llenás de granitos, era otra cosa pero a mí nadie me decía nada. Una vez le pregunté si le dolía algo pero ni me contestó, hablaba poco conmigo, se hacía el grande, le pregunté eso porque estaba cada día más gordo, pero gordo gordo, como la pelota número cinco que me trajeron los Reyes. Hacía un montón de días que él no iba a la escuela, en cambio a mí no me dejaban faltar nunca, un día me hice el enfermo, un chico me había dicho que si te ponías secantes en las zapatillas te subía la fiebre, así que hice la prueba y me salió mal porque me mandaron a la escuela como cualquier día. Mi señorita me trataba diferente, eso me gustaba porque casi ni me revisaba la tarea, una vez no la hice y ni cuenta que se dió, antes de la campana de salida la seño de mi hermano me daba un cuaderno para llevar a casa con la tarea de él; al día siguiente a la entrada se lo devolvía, y así. Una vez lo revisé, había un sobre pegado en la tapa de atrás con un papel doblado escrito con la letra de mamá, pero no me animé a leerlo.

Un día mi tía trajo a un señor vestido con una pollera negra hasta los pies, ya sabía que era el cura, pero me hacía gracia que todos le dijeran padre, entró a la pieza con una botellita llena de agua, después se sentó en el patio con todas las mujeres de la casa, hasta la dueña bajó esa vez, cada una sostenía un collar en la mano y recitaban algo en voz baja. Una noche escuché cómo mi mamá hablaba de mí, se creía que yo dormía; decía de lo bien que me portaba, de lo bueno que era, y que por favor nadie me dijera nada de lo mal, muy mal, que estaba mi hermano. Repetían todo el tiempo las palabras ambulancia, riñón, hospital, milagro; también decían esa palabra que me la olvidé y es la que se usa para pasar una planta de una maceta a otra. Al rato me dormí en serio y soñé de lo lindo: se trataba de que el verdadero Superman no era Clark Kent sino que era mi hermano. Y yo, que era el hermano de Clark Kent, tenía más poder que el propio Superman, porque la Kryptonita no me hacía nada. Entonces yo le compartía mi super poder que me había llegado del planeta Krypton y eso nos hacía inmortales a los dos.

Lo soñé con tanta pero tanta fuerza que al final se hizo verdad. El único que sabe el secreto es él, pero recién se lo dije el día que los dos salimos del hospital con la cintura vendada. Cuando llegamos a casa nos estaban esperando todos los chicos del barrio y todos los grandes también. Fue la fiesta más más grande del mundo en el patio de mi casa.

Autor: Alejandro Gustavo Ruggerio